

1770185

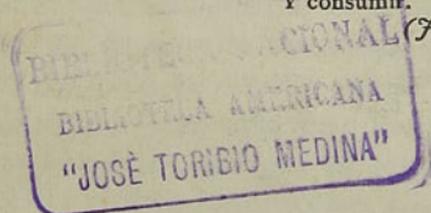
6

SECCIÓN CUARTA

BIOGRAFÍAS

Nuestras vidas son los ríos
Que van á dar en la mar,
Que es morir.
Allá van los señoríos
Derechos á se acabar
Y consumir.

(Forge Manrique.)





CAPÍTULO PRIMERO

Vasco Núñez de Balboa.

I

LA vida de Vasco Núñez de Balboa es una de las páginas más brillantes de la conquista del Nuevo Mundo. También me atrevo á asegurar que siendo este personaje el más simpático de cuantos llevaron á cabo los altos hechos de aquella magnífica epopeya, ha sido quizás el más desgraciado; no sólo por la muerte tan impía como afrentosa y no merecida con que el gobernador del Darien pagó sus servicios, sino por el olvido en que la posteridad española ha tenido un nombre tan glorioso y tan digno de la poesía y de la estatuaria, que debieran haber levantado egregio monumento á su memoria. Pero la historia, que es el verdadero examen de conciencia del género humano á través de los siglos, se ha encargado de hacer justicia á un héroe que por sí solo basta para honrar á Jerez de los Caballeros.

Conviene todos los cronistas de Indias en que Vasco Núñez era natural de esta Ciudad, siendo de notar que algunos conociéronle personalmente, y por tanto su testimonio puede considerarse irrecusable. Yo he buscado algún otro

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

dato coetáneo que demostrara tal aserto, pero mi deseo se ha estrellado siempre contra la falta de noticias, pues los libros parroquiales no alcanzan á entonces. Por esto mismo doy grande importancia á un dato peregrino que he podido encontrar. En los libros de acuerdos concejiles que se custodian en el archivo municipal de Jerez he visto que en los acuerdos del año 1517 figura entre los capitulares un «g.^o nuñes de balboa». ¿No pudiera ser este individuo el hermano de Vasco Núñez que se llamaba Gonzalo, al cual en 1520 concedió el Rey permiso para adquiririr los indios que pertenecían á su hermano, y el mismo que en 1526 iba en la expedición de Sebastián Gaboto en calidad de tesorero de la nao llamada Trinidad? El orden de sucesión que se ve en las fechas citadas parece permitir esta presunción; pero hemos de acoger con sobriedad tal conjetura, pues á ello obliga el detalle de estar en abreviatura el nombre estampado en los acuerdos concejiles (1).

De todas suertes, Vasco Núñez tenía un hermano llamado Gonzalo, de quien ya queda dicho que mereció altas consideraciones á la Corona, y otros dos hermanos, llamados Álvaro y Juan, que juntamente con Gonzalo fueron en la expedición de Sebastián Gaboto. De esta familia no he encontrado en los archivos noticias posteriores al año 1517. Como Vasco Núñez salió de Jerez muy joven, y, según se cree, bastante pobre, entrando en la alta servidumbre de D. Pedro Portocarrero, Señor de Moguer, sospecho que no

(1) No he tomado en consideración un rumor popular que afirma que nació Vasco Núñez en la casa número 12 de la calle de la Oliva, porque, sobre no haber un dato que dé robustez á esta afirmación, sobre la puerta de la casa mencionada hay una losa en que se lee: AÑO DE MDCCXIII. Esta fecha es, como se ve, demasiado moderna para que pueda relacionarse la casa con el rumor antedicho, sin que por eso niegue yo en absoluto que pueda tener alguna autoridad la tradición popular, pues bien conozco que la calle de la Oliva es de las más antiguas de la ciudad, como que está intramuros.

mucho después se marcharon también sus hermanos á buscar fortuna. Los cronistas se cuidan de señalar en Vasco Núñez la calidad de hijodalgo, y así lo hace presumir su mismo apellido *Núñez de Balboa*, sin que demos importancia al detalle.

Conviene los historiadores en que nació el año 1475, lo cual, si bien no puede confirmarse por fe de bautismo, por no alcanzar allá los libros parroquiales, se deduce del testimonio de Antonio de Herrera. Al hablar este cronista de la expedición del bachiller Enciso en el año 1510, dice que entonces Vasco Núñez «era hombre de treinta y cinco años»; y al nombrarlo de nuevo en el 1515, dice que tendría «cuarenta años». Se comprende, pues, por ambas noticias que debió nacer en 1475.

Hallábase en 1501 al servicio de D. Pedro Portocarrero, y sabedor de que Rodrigo de Bastidas, vecino de Triana, equipaba una expedición á América, se decidió á marchar con él en calidad de soldado, y deseoso de mejorar de fortuna; pues sabido es que todos los pobres, los aventureros y los soldados ganosos de gloria se lanzaban en aquel tiempo al Nuevo Mundo en busca de ignoradas maravillas y cuantiosas riquezas. La expedición de Bastidas llegó hasta la comarca del Darien, teatro más tarde de las hazañas de Vasco Núñez, y, según cuentan Herrera y el P. Las Casas, se portó Bastidas muy humanamente con los indios, á quienes trató con moderación y afabilidad. Vasco Núñez no quiso volver á España; sino que, habiéndosele dado en repartimiento algunos indios en la Isla Española, se avecindó en Salvatierra de la Sábana.

En este tiempo era Vasco Núñez un aventurero de los más pobres que fueron á América. Sin embargo, en su rostro brillaba la llama del genio, si hemos de juzgar por los elogios que de él hacen los cronistas. Herrera no se cansa de escribir que era «mui bien entendido i sufridor de tra-

bajos», «hombre de mucho ánimo», prudente en sus resoluciones, muy generoso con todos, discreto para obrar, tan hábil para mandar á los soldados como intrépido para conducirlos á la pelea, en la que, siempre que lo arduo de la empresa demandaba el buen ejemplo, no vacilaba en colocarse en el puesto del peligro. Tan buenas prendas de carácter estaban realzadas por la hermosa y arrogante figura con que la Providencia quiso dotar á Vasco Núñez, para que todo en él fuese digno de encomio; pues dice el mismo Herrera que nuestro personaje era «bien alto i dispuesto de cuerpo, de buenos miembros i fuerças, i de gentil rostro, i pelo rubio».

II

En el año 1510 salió de la Isla Española una expedición de 150 hombres al mando del bachiller Martín Fernández de Enciso, destinada á socorrer á Alonso de Ojeda, que desde Tierra-Firme había pedido auxilio. Intentaron marchar con Enciso muchos vecinos cargados de deudas, con objeto de burlar á los acreedores; pero éstos pusieron el hecho en conocimiento del Almirante y Gobernador de la Isla Española, quien prohibió bajo las más severas penas que saliese de la isla ninguno que hubiese contraído deudas dentro de ella. Vasco Núñez, que era uno de tantos, deseoso de burlar las órdenes del Almirante, se escondió en lo interior de una pipa y se hizo embarcar como mercancía en la nave de Enciso. Cuando ya iban en alta mar, salió de su escondite; y enterado Enciso del suceso, tomó grande enojo y prometió dejar á Vasco Núñez abandonado en la primera isla que topase, por no contravenir la orden del Gobernador. Pero al fin le perdonó la travesura, movido

por los ruegos de los tripulantes, que eran amigos de Vasco Núñez casi todos, y por las prendas personales de éste; y—¿por qué no decirlo?—obedeciendo al secreto designio de la Providencia, que destinaba á Vasco Núñez á una misión grandiosa, y no podía permitir que aquel astro se apagara en el comienzo de su carrera.

Tuvo la expedición sus averías en el mar, y vióse obligado Enciso á hacer alto en la costa de Cartagena. También allí les fué adversa la suerte; pues un día los indios comarcanos dispararon sus flechas envenenadas sobre los españoles, é hirieron á muchos; y otro día, cayendo de improviso sobre ellos, quemaron la fortaleza y treinta casas que habían construído. Estos desastres apenaron á los españoles hasta el punto de desear todos abandonar cuanto antes aquella tierra en que tantas tribulaciones experimentaban. Cuando todos debatían acaloradamente, sin saber qué hacerse, dijo Vasco Núñez de Balboa que cuando en años anteriores había él desembarcado en aquella costa á las órdenes de Rodrigo de Bastidas, habían ido hacia el Oeste del golfo y tocado en un pueblo que estaba al otro lado de un río muy fresco y abundante de provisiones, y cuyos moradores no acostumbraban envenenar sus flechas; por todo lo cual opinaba que debían marcharse allá. Fué acogida con interés tan discreta proposición, y embarcándose la mayor parte, llegaron pronto al río que buscaban y al cual llamaban los indios el Darien.

Habitaba sus márgenes un cacique llamado Cemaco, quien apenas se apercibió de la llegada de los españoles, ordenó á sus súbditos que pusiesen en salvo las mujeres y los niños, y reuniéndolos después en número de 500, se hicieron fuertes en lo alto de una colina. Al ver los españoles esta actitud, y temiendo á las flechas envenenadas, se encomendaron á Dios é hicieron voto de que, si salían triunfantes de aquella refriega, en la que todos juraron no vol-

ver la espalda aunque les costase la vida, la primera fundación que hiciesen sería de un pueblo é iglesia que llamarían de *Santa María la Antigua*, en memoria de la Virgen de este nombre que se venera en la Catedral de Sevilla. Con esto acometieron á los indios, destrozaron á éstos, y penetraron en el pueblo, que encontraron vacío de gente, pero lleno de provisiones y objetos de oro. Enciso ordenó entonces que los barcos volviesen al otro lado del golfo y trajesen á los compañeros que habían quedado allá.

Reunidos todos á la orilla del Darien, y muy contentos con el buen resultado de la empresa, fundaron á orillas del río una población, á que pusieron por nombre Santa María del Antigua del Darien, que fué el título que dieron á su iglesia.

Con el buen éxito de las cosas ganó entonces grande reputación Vasco Núñez, y todos le apreciaban mucho por su discreción y carácter animoso. De esto tomó pie para aconsejar en secreto á sus amigos que destituyesen del mando al bachiller Enciso, pretestando que el territorio en que se hallaban no pertenecía á la jurisdicción de Alonso de Ojeda, de quien Enciso era subalterno. Un día estalló la conspiración, destituyeron del mando al bachiller Enciso, eligieron alcaldes de la villa á Vasco Núñez y á Juan de Zamudio, y regidor á un Valdivia. Pero como todo gobierno que nace de insurrección es siempre inseguro, había muchos descontentos que pretendían deshacer lo hecho, y por esta causa estuvo la colonia en continua inquietud y sus moradores á punto de venir á las manos más de una vez. Querían unos que se repusiese en el mando á Enciso; pretendían otros que se reconociera como jefe á Diego de Nicuesa, pues que aquella comarca caía dentro de su jurisdicción; é insistían otros en que se respetase lo hecho y se acatase la autoridad de Vasco Núñez y de Zamudio.

En este estado se hallaban las cosas, cuando desem-

barcó Diego Enríquez de Colmenares, que, enterado de lo que ocurría, logró persuadirles á que aceptasen el mando de Diego de Nicuesa. Con tal motivo enviaron á éste una embajada que le manifestase el deseo que tenían los del Darien de que acudiese cuanto antes á ponerse al frente de aquel Gobierno, siendo los mensajeros de ello el citado Colmenares, Diego de Albítez y el bachiller Corral. Éstos encontraron á Nicuesa y su gente en situación muy desdichada, á causa de los desastres que en ellos habían hecho los indios, y de la miseria á que los había reducido la carencia de todo socorro. Sin embargo, de tal modo se envaneó Nicuesa con la inesperada visita de los del Darien, que cometió la imprudencia de decir en presencia de ellos que partiría inmediatamente para el Darien, y que en llegando allá los había de castigar á todos y les privaría del oro y riquezas que en aquella tierra habían ganado sin su permiso.

Esta manifestación alarmó á Albítez y á Corral, en tales tales términos, que adelantándose á la marcha de Nicuesa, se apresuraron á ir en una carabela al Darien, y notificaron á sus moradores las intenciones insanas del futuro gobernador; por lo que los de Santa María del Antigua, al oír tales noticias, se arrepintieron de haber enviado por Nicuesa, y acordaron no dejarle desembarcar. Vasco Núñez era el alma de esta conspiración, pero se cuidaba de obrar con gran sigilo, aconsejando á cada uno en particular que se opusiese á la dominación de Nicuesa; y para disimular más su actitud acudió al escribano y le pidió testimonio de que protestaba no haber intervenido en la actitud que contra el nuevo gobernador manifestaban los vecinos.

Nicuesa se detuvo algunos días sojuzgando á los habitantes de las islas que halló en el camino, y al llegar á la costa del Darien encontró á los vecinos en actitud hostil, intimándole que no desembarcase. En vano trató de con-

vencerlos, pues tuvo que permanecer en sus embarcaciones en vista de tan inesperado recibimiento. Una estratagema idearon los del Darien para prenderle. Enviáronle un mensajero diciéndole que estaban dispuestos á acogerle; él creyó de buena fe la misiva, y en cuanto saltó en tierra le acometieron, no pudiendo cogerle por la ligereza de sus pies, y porque Vasco Núñez, temiendo le asesinasen, contuvo al pueblo, que capitaneado por Zamudio, se obstinaba en prenderle. Contenidas las cosas en este punto, envió Nicuesa recado de que, si no le querían como gobernador, le acogiesen siquiera como vecino; pero los del Darien se negaban á ello, porque temían que más tarde se fuese á mayores (1). Volvió á insistir Nicuesa en que le acogiesen, aunque fuera puesto en prisión, pues más quería morir entre ellos que abandonado entre los indios; pero todo fué en vano. Vasco Núñez temía que aquella contienda terminase con efusión de sangre, y advirtió á Nicuesa que se acogiese á sus bergantines, y no saliera de ellos mientras no viese á él entre los que le llamaran; pero Nicuesa se internó con los suyos en un bosque, y habiéndosele presentado Esteban de Barrientos, Diego de Albítez y Juan de Bejines con la misiva de que el pueblo había acordado recibirle, lejos de seguir el consejo de Vasco Núñez, se puso en manos de los que le buscaban. Acudió entonces Juan de Zamudio con tropel de gente, prendieron á Nicuesa, y le intimaron á que inmediatamente saliera del país; y aunque el desdichado protestó cien veces de la maldad que hacían obligándole á lanzarse en alta mar con tan débiles barquillos, todo fué en vano, y tuvo que embarcarse con diez y siete de los suyos

(1) «Rogábales Nicuesa que si no le querian por Governador, le tomasen por Compañero: respondian, que no querian, porque se entraria por la manga, i saldria por el cabeçon.» Herrera, Década primera, lib. VIII, cap. VIII.

que quisieron seguirle. Sin duda el mar se tragó á aquellos infelices, pues jamás volvió á saberse de ellos.

Vasco Núñez, una vez expulsado Nicuesa, viéndose rodeado de muchos amigos y con gran valimiento en el pueblo, en uso de su jurisdicción como alcalde, formó proceso y confiscó los bienes al bachiller Enciso, acusándole de haber usurpado jurisdicción ajena, pues la que había ejercido no procedía de mandato Real, sino de orden de Alonso de Ojeda, que ya había muerto. Á instancias de muchos vecinos le alzó la prisión, á condición de que saliese del país en el primer navío que marchase á España ó á la Isla Española. Harto conocía Vasco Núñez que era incorrecta la conducta que se había observado con Diego de Nicuesa, y que tampoco podía justificarse la que entonces seguía con Enciso; y así procuró, para prevenir el castigo que algun día pudiera imponérsele, convencer al otro alcalde, Juan de Zamudio, que viniese á España á dar cuenta al Rey de la fundación de Santa María de la Antigua del Darien, y de la esperanza que tenían de obtener en aquel país grandes riquezas. Con esto consiguió sagazmente, al par que buscar protección en la corte, librarse también de la presencia de Zamudio y quedar como único alcalde de la villa de Santa María. También para procurarse influencia envió á Valdivia, hombre de toda su confianza, con un buen presente de piezas de oro para el tesorero Pasamonte, que en la Isla Española tenía grande influencia por la mucha de que gozaba en España. El hecho es que salieron del Darien en una carabela Zamudio, Valdivia y Enciso, tocaron en la isla de Cuba, pasaron después á la Española, donde se quedó Valdivia, y los otros dos vinieron á España con distintos propósitos; pues mientras Zamudio venía en busca de protección para los fundadores de la colonia del Darien, el bachiller Enciso venía clamando justicia contra los atropellos de que su autoridad había sido objeto.

III

Hasta aquí Vasco Núñez de Balboa se presenta á nuestros ojos como un aventurero vulgar, usando de arteras mañas para conseguir su deseo de verse solo en el gobierno del Darien. En adelante, sin rival ya que le dispute el mando, comienza á demostrar su pericia militar, su animoso corazón, y sobre todo sus incomparables dotes de gobierno y su diplomacia para hacerse querer de los soldados y de los indios.

Procuró desde luego mantener con éstos buenas relaciones, á fin de obtener de ellos provisiones para el abasto, y al efecto se valió del recurso conocido de comerciar con ellos dándoles cascabeles, cuentas de vidrio, espejos y otras baratijas á cambio de maíz y otros alimentos. Los indios, acaso con propósito de ahuyentar á los españoles, les daban noticias del mucho oro que había en la provincia de Coiba, distante de allí unas treinta leguas. Ordenó Vasco Núñez á Francisco Pizarro, el futuro conquistador del Perú, que fuese á descubrir tierra por la comarca, acompañado de seis soldados de los más valerosos. Caminaron los exploradores como unas tres leguas río arriba, y de improviso fueron agredidos y maltratados por el cacique Cemaco, que les salió al encuentro con 400 indios; pero ellos lograron con las espadas hacer grande estrago en los contrarios, pues hirieron á muchos y dejaron tendidos á 150, con lo que tuvo Cemaco que declararse en huída. Maltrechos los españoles, volviéronse á la villa de Santa María, dejando abandonado á Francisco Hernán, uno de los exploradores, que cayera mal herido en la refriega. Disgustóse muchísimo Vasco Núñez al saberlo, pues quisiera que los

españoles pasasen por invencibles para los indios (1); y así, mandó á Francisco Pizarro, también herido, que inmediatamente volviese con algunos soldados á recoger á Francisco Hernán.

Después de algunos días salió Vasco Núñez con cien hombres á explorar la comarca de Coiba, cuyo cacique se denominaba Careta, y no encontró persona alguna, pues los indios procuraban tener espías que observasen los movimientos de los españoles, para eludir todo encuentro con ellos, aleccionados de tiempos anteriores en que habían sido sojuzgados por Ojeda, Nicuesa y otros.

Estando de vuelta en Santa María de la Antigua, envió Vasco Núñez dos bergantines á Nombre de Dios para que recogiesen los españoles que aun quedaban allá, pertenecientes á la tropa de Diego de Nicuesa. Volvían bordeando la costa, con rumbo al Darien, cuando se les presentaron dos españoles, completamente desnudos y tatuados con la pintura roja que llamaban *bija*. Acogidos por los que venían en los bergantines, refirieron la causa de su expatriación y cuanto entre los indios les había ocurrido. Á lo que parece, habían emigrado de las órdenes de Nicuesa, acaso por algún delito, refugiándose en el pueblo del cacique Careta, que les había dado hospitalidad y utilizaba sus servicios con entera confianza. Dijeron también que un día riñeron ambos, y el uno, llamado Juan Alonso, venció é hirió al otro, por lo que el cacique le nombró su capitán. Con estas nuevas, y con las que dieron de la riqueza del país, convinieron en que Juan Alonso continuase desempeñando su cargo de capitán y consejero de Careta, para que en su día pudiese servir á los españoles, y el otro fué llevado al Darien. No hay para qué ponderar cuánto se alegró Vasco

(1) «Pareciéndole que era poca reputacion para con los Indios, perder ninguno vivo.» Herrera, Década primera, lib. IX, cap. I.

Núñez con estas noticias; pues, como hombre en todo diligente y previsor, encontró muy útiles aquellos dos sujetos para intérpretes que le ayudasen á entenderse con los indios, y el uno de ellos gran auxiliar para domeñar á Careta. Con esto envió nuevamente los bergantines á Nombre de Dios, para que recogiesen á los que no habían cabido en ellos en el anterior viaje, y dió órdenes para preparar una expedición.

Escogió 150 hombres de los más robustos y sufridos, mandándoles disponer sus armas y cargar con el convoy de provisiones, objetos comerciales y demás cosas necesarias. Puesto de acuerdo con Juan Alonso, marchó al pueblo de Careta, distante unas treinta leguas: y llegado que hubo, fué bien recibido del cacique; pero al pedir á éste provisiones para la tropa, recibió la respuesta de que no había provisiones, porque con motivo de una guerra que tenía con otro cacique llamado Pouca, no podían dedicarse á sembrar, y estaban en la miseria. No satisfizo esta respuesta á Vasco Núñez, quien, de acuerdo siempre con Juan Alonso, fingió marcharse por donde había ido, dejando á Careta muy descuidado; pero á la mitad de la noche acometió al pueblo por tres puntos, y después de herir á algunos indios cogieron prisionero á Careta con toda su familia, cargaron los bergantines de provisiones, y marcharon á Darien. Al verse prisionero Careta, apeló á todos los medios amistosos para obtener su libertad. Hizo pacto con Vasco Núñez de ser siempre su amigo, en testimonio de lo cual le dió por esposa á una de sus hijas, que era bastante hermosa, y se comprometió á proporcionarle provisiones á cambio de los servicios militares que Vasco Núñez le haría en la guerra contra el cacique Pouca. Recibió Vasco Núñez la hija de Careta, á la cual tuvo por manceba y amó siempre mucho, y dió libertad al padre, con todos los demás prisioneros, á fin de que pudiesen dedicarse á hacer sus sementeras. Al

poco tiempo fué con 80 hombres á emprender la guerra contra Pouca, quien, sabedor de la alianza de Careta con Vasco Núñez, se internó en los montes vecinos. Cuando los dos aliados vieron el pueblo de Pouca abandonado, le saquearon á maravilla, llevando cuantas provisiones, objetos de oro y demás riquezas pudieron encontrar.

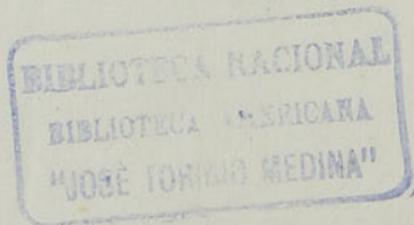
No quiso Vasco Núñez proseguir sus exploraciones tierra adentro sin tener antes asegurada su dominación en el litoral, y así se fué otra vez á la orilla del mar. Por medio de emisarios que le proporcionó Careta, logró atraerse la amistad de otro cacique vecino, llamado Comagre, que también deseaba conocer á los españoles. Al efecto invitó á Vasco Núñez á ir á su tierra, salióle á recibir con sus siete hijos y sus principales súbditos, y le hospedó y agasajó como mejor pudo. La relación que hace Herrera de la morada de este cacique es curiosa para el estudio de aquellos indios: «Tenía sus Casas Reales, las más señaladas i mejor hechas que hasta entónces se havian visto en las Islas, y en lo poco que hasta entónces se sabía de la Tierra-firme: era de ciento y cinquenta pasos de largo, i de ochenta de ancho: estaba fundada sobre mui gruesos postes, cercada de muro de Piedra, entretexida madera en lo alto, como Çaquizamí, por tan hermosa arte labrada, que los Castellanos quedaron espantados de verla, i no sabían dar á entender su artificio i hermosura: tenía muchas Cámaras i apartamentos; i vna, que era como Despensa, estaba llena de Bastimentos de la Tierra, de Pan, i Carne de Venados, i Puercos, i otras muchas cosas. Havía otra gran Pieça, como Bodega, llena de Vasos de barro, con diversos Vinos blancos i tintos, hechos de Maíz, i Raíces de Frutas, i de cierta especie de Palma, y de otras cosas: los quales Vinos loaban los Castellanos quando los bebían. Havía una gran Sala, ó Pieça mui secreta, con muchos cuerpos de Hombres muertos, secos, colgados con vnos cordeles de Algodon, vesti-

dos, i cubiertos con Mantas ricas de lo mismo, entretexidas con Joias de Oro, i ciertas Perlas i Piedras que ellos tenían por preciosas, i éstos eran de sus Padres, i Abuelos, i Deudos, á quien Comagre tenía en suma reverencia, i por ventura los tenía por sus Dioses; i aquellos cuerpos los secaban al fuego, para hacerlos perpetuos sin corrupcion» (1).

Alojado y bien servido Vasco Núñez por Comagre, el hijo mayor de éste hizo á los españoles un presente de piezas de oro muy hermosas, por valor de 4.000 pesos, y 70 esclavos. Habiendo separado el quinto perteneciente al Rey, procedieron al reparto de lo demás, surgiendo con este motivo grandes riñas entre los españoles sobre quién había de llevar las mejores piezas. Al ver esto el hijo de Comagre, dió con el puño un golpe en las balanzas, que rodaron por el suelo, y les reconvino por su codicia, diciéndoles que, pues tanto afán tenían por el oro, que por él abandonaban su patria y venían á molestar á gentes pacíficas, hacia el Sur de aquel país podrían encontrar otro donde el oro abundaba tanto, que sus moradores comían y bebían en vasijas de este metal. Esta noticia fué del agrado de los españoles, y especialmente de Vasco Núñez, que interrogando minuciosamente acerca del país á que el hijo de Comagre se había referido, tuvo por vez primera noticia de que hacia aquel lado había otro mar como el Oceano, y que los moradores de sus costas navegaban en barcos más pequeños que los españoles, y la comarca estaba habitada por gentes aguerridas y mandada por reyes poderosos, abundando allí mucho el oro y las perlas. Á lo que se infiere, la tierra ignota á que aludían aquellas gentes era el Perú; y quizás estaría entre los españoles hospedados por Comagre el que más adelante había de conquistarla.

Todavía estuvieron los españoles en el pueblo de Co-

(1) Herrera, lug. cit., cap. II.



magre algunos días, que empleó Vasco Núñez en adquirir nuevos informes de los países desconocidos que ansiaba conocer, y en meditar una empresa gloriosa. Y como era hábil diplomático, empleó todos los recursos de su ingenio para agradar á Comagre y sus indios, y procuró iniciarles en el conocimiento de la verdadera religión, logrando que muchos recibiesen el bautismo, y el primero Comagre, á quien se puso el nombre de D. Carlos, en memoria del Príncipe de Asturias.

Marcháronse al Darien, de cuyos moradores fueron recibidos con grande alegría por las nuevas que llevaban. También llegó allí Valdivia con provisiones que remitía el Almirante de la Española, y con la promesa que éste le había hecho de remitir más en cuanto llegasen navíos de España con ellas. Un percance desgraciado les ocurrió también; y fué que una gran tormenta destruyó las sementeras que por orden de Vasco Núñez habían hecho aquel año, viéndose con este motivo la colonia en la mayor escasez, y teniendo que salir á buscar recursos por la misma comarca. Vasco Núñez despachó á Valdivia para la Isla Española con nuevo mensaje, en que daba noticia al Almirante de las tierras que pensaba descubrir y conquistar, para lo cual necesitaba 1.000 hombres, que esperaba se le enviasen, teniendo en cuenta el gran servicio que de ello redundaba á la patria. También remitió 15.000 pesos de oro, que correspondían al Rey por ser el quinto de lo que hasta entonces habían ganado; y muchos de los soldados enviaron también oro para que se remitiese á sus familias á España.

Para proveer de comida á la población dispuso Vasco Núñez otra expedición, que había de hacerse á la provincia de Dabaiba, donde, según decían algunos indios, había un cacique que tenía un templo lleno de oro. Dispuso, pues, dos bergantines y algunas canoas, embarcóse con 160 hombres de los más aguerridos, y emprendió la marcha. Ordenó

á Rodrigo Enríquez de Colmenares que con la tercera parte de la fuerza entrase por el río Grande, distante del Darien nueve leguas, y él marchó por el río que llamaron de las Redes, porque apenas se habían internado encontraron muchas redes de cazar animales. En aquel punto tomaron varias canoas que allí tenían los indios, muchos arcos y flechas, y objetos de oro en cuantía de 7.000 pesos, con todo lo cual volvieron á salir al mar, les sorprendió una tormenta que hizo naufragar las canoas en que llevaban el oro, y en vista de ello se entraron por el río Grande y fueron á juntarse con Colmenares, atendiendo entonces á proveerse de comida en la comarca del cacique Turiú.

Doce leguas más arriba de la desembocadura del río Grande encontraron una isla que llamaron de la Cañafistola, por la mucha que en ella había, y se dieron todos á comer de la caña con tal apetito, que temieron morir de la indigestión que les produjo. Caminando por la derecha de la isla, llegaron á la confluencia del que llamaron río Negro, por el color oscuro de sus aguas; penetraron por este río, y llegaron á la comarca del cacique Abenamechey, cuya población estaba cerca de la orilla, y se componía de unas 500 casas. Los indios huyeron al ver llegar á los españoles, que corrieron en su persecución y les alcanzaron, viéndose obligados los fugitivos á defenderse con sus dardos y macanas, y sosteniendo un corto combate, del que resultaron muchos heridos y prisioneros, entre ellos el jefe Abenamechey, á quien había cortado un brazo un español que había sido herido por él.

En aquel pueblo quedó Colmenares con la mitad de la tropa, para guardar las espaldas á Vasco Núñez, y éste siguió el río adelante hasta llegar á la confluencia de otro, distante unas veinte leguas de la isla antes mencionada. Cerca de dicha confluencia «halló el Señorío del Cacique Abibeyba, que por ser la Region de los Pantanos i Lagu-

nas, que cubrian la Tierra, tenían sus Casas sobre Árboles grandísimos i altísimos, nueva i nunca oida vivienda, i sobre ellos tenían sus aposentos de madera, tan fuertes i con tantos cumplimientos, Cámaras i Retretes, adonde vivían Padres, Mugerés, i Hijos, i su Parentela, como si las hicieran en el suelo sobre fixa Tierra: tenían sus escalas, i comunmente dos: vna que llegaba al medio del Árbol, i la otra del medio hasta la puerta; i eran hechas de sola vna Caña, partida por medio, porque las Cañas son por allí más gruesas que vn Hombre por el cuerpo; i las levantaban de Noche, i estaban seguros de Hombres i Bestias, durmiendo á sueño suelto, aunque por allí hai muchos Tigres.

»Todos los Mantenimientos tenían arriba consigo, salvo los Vinos, que asentaban en sus Vasijas en Tierra, porque no se les enturbiasen; porque aunque por la gran altura de los Árboles, con los Vientos que hace, las Casas no se pueden caer, menéanse, i con el movimiento el Vino se enturbiaría: i al tiempo de la comida de los Señores estaban los Muchachos tan diestros en baxar i subir, que no tardaban más que si lo sirbieran del Aparador á la Mesa» (1).

Al ver Abibeyba llegar los españoles á su morada, alzó las escalas para quedar encastillado; y por más que á voces trataron de persuadirle para que bajase sin temor, no quería acceder á ello, por lo que los españoles emprendieron con las hachas la tarea de cortar los árboles, y fué necesario que el cacique viese saltar las astillas, para que bajase con su mujer y dos hijos. Preguntáronle si tenía oro, y contesto que nó, pero que iría por él á unas sierras donde lo había, y en prenda dejaba su mujer y sus hijos. No acudió en el tiempo que había fijado para su regreso; por lo que Vasco Núñez continuó su viaje, recogió muchas provisio-

(1) Herrera, lug. cit., cap. VI.

nes, y, en vista de que todos los pueblos que encontraba estaban abandonados, porque los indios huían á tiempo, volvió por los mismos pasos á juntarse con Colmenares.

Encontró algunas bajas en las tropas de éste, pues Abenamechey, con su brazo cortado, acudió á los caciques Abibeyba y Abrayba, y logrando juntar hasta 600 indios, acometieron á Colmenares, el cual pudo resistir el ataque á costa de algunas bajas, y gracias á que acababa de recibir 30 hombres que Vasco Núñez había enviado antes. Dispuso Vasco Núñez la vuelta al Darien, dejando destacados en el pueblo de Abenamechey unos 30 hombres, á las órdenes de Bartolomé Hurtado, para evitar que los indios se rehiciesen del descalabro que les hiciera sufrir Colmenares. Empero á poco de llegar Vasco Núñez al Darien, llegó en pos de él Hurtado con sólo 10 hombres, pues los demás habían sido víctimas de una inesperada agresión de los indios. Lo peor de todo era que por unos prisioneros había sabido Hurtado que se habían conjurado para sitiar la villa de Santa María de la Antigua los cinco caciques comarcanos: Cemaco, Abibeyba, Abrayba, Dabayba y Abenamechey.

Esta noticia vino á confirmarse por una india de las que había traído Vasco Núñez, la cual reveló á éste que un hermano suyo, que solía venir á hablarle pretextando venir á comerciar, le había dicho que los cinco caciques citados tenían preparados 5.000 hombres y 100 canoas para sitiar á Santa María del Darien por mar y tierra, y en el pueblo de Tichirí un almacén de provisiones abundantes para racionar la tropa. Puestas asechanzas al hermano de la india, lograron cautivarle y hacerle confesar en el tormento lo mismo que había dicho á su hermana; y además dió la noticia de que Cemaco había encomendado á él y otros más, en número de cuarenta, la empresa de asesinar á Vasco Núñez.

En vista de tales nuevas, Vasco Núñez, al frente de 60

hombres, acometi6 al pueblo de Cemaco, á quien no pudo hallar, pero sí á un pariente suyo y otros deudos, que trajo prisioneros. En tanto Colmenares, con otros 60 hombres, fué de orden de Vasco Núñez á tomar el pueblo de Tichirí y pillar las vituallas que allí tenían los indios; y tan buena suerte tuvo, que cogió presos al que había de capitanear el ejército coaligado y á otros jefes, á todos los cuales hizo matar en presencia de los demás prisioneros, á fin de poner en sosiego á toda aquella gente. Enterado Vasco Núñez de tan feliz victoria, mandó que se levantase allí una fortaleza para que sirviese de atalaya, y al mismo tiempo punto de resistencia en caso de que los indios tratasen de volver á sublevarse. Así, dice Herrera, conseguía Vasco Núñez aprovechar las lecciones que le daba el peligro, y «no sólo saber salir de peligro, sino bolver el mal en bien: i esto supo mui bien hacer Vasco Nuñez de Balboa, el qual siempre peleó, más con el consejo i buen gobierno, que con las Armas i fortaleza» (1).

IV

Cerca de un año hacía que Zamudio había venido para España; y como los del Darien no habían tenido noticia alguna de él, y además habían ocurrido sucesos tan interesantes, manifestó Vasco Núñez la conveniencia de venir él mismo á la Corte para demostrar la importancia de una expedición hacia el Sur, con el fin de descubrir el mar y los países en que tanto abundaba el oro. Entiende el cronista Antonio de Herrera que con esto se proponía Vasco Núñez obtener la protección del Rey, ó sincerarse de los

(1) Lug. cit., cap. VII.

cargos que pudieran hacerse por la expulsión de Nicuesa y de Enciso. Lo cierto es, que apenas manifestó su deseo, amigos y enemigos se opusieron á él, alegando que su nombre era allí una garantía por el temor que inspiraba á los indios y el aprecio en que le tenían los españoles, los cuales quedarían desamparados en cuanto se ausentase el General (1). Algunos sospecharon que el propósito de Vasco Núñez era huir de allí para el caso de que el Rey enviase alguna orden de prisión contra él; y otros creían que lo que intentaba era marcharse á hacer buena vida con la riqueza que había ganado; pero una y otra sospecha eran infundadas, pues los hechos vinieron á demostrar después que Vasco Núñez no perdió nunca de vista la empresa de descubrir el mar del Sur.

Al cabo de muchas contiendas vinieron á nombrar emisarios á Juan de Caicedo y á Diego Enríquez de Colmenares, á quienes encomendaron la empresa de dar cuenta al Rey de las nuevas que tenían, y solicitar el envío de unos mil hombres que, según los cálculos más fundados, podrían necesitarse para la expedición al mar del Sur. También se entregó á los dos procuradores el quinto del oro que se había ganado, y el ingreso obtenido de una suscripción voluntaria hecha entre los colonos del Darien, para que todo ello fuese entregado á la Real Hacienda. Estando ya en preparativos para el viaje, un indio dijo que había un río donde el oro se pescaba con redes, y este embuste fué creído por los españoles, que dispusieron inmediatamente que aquel indio viniese á España con los emisarios, para que él mismo diese al Rey la noticia. Con todo esto, salieron Caicedo y Colmenares del Darien á fines de Octu-

(1) «Que por ser tan temido de los Indios, i estimado de los Soldados, estaban seguros, i que con su ausencia quedaban desamparados.» Herrera, lug. cit., cap. VII.

bre, y después de tocar en Cuba y en la Española, llegaron á España en el mes de Mayo de 1513.

En el Darien no andaban muy tranquilos los ánimos. Parece que Bartolomé Hurtado, abusando de la mucha protección que Vasco Núñez le dispensaba, solía maltratar á algunos soldados, con cuyo motivo se formó una conjuración, capitaneada por Alonso Pérez de la Rúa, la cual intentó prender á Vasco Núñez y á Hurtado, y nombrar otro jefe. Pero Vasco Núñez, que era «Hombre recatado i diligente, i que sabía quanto se hablaba i trataba», dióse prisa á prender al cabecilla Alonso Pérez, y con este golpe consiguió sujetar á los demás conjurados, si bien para calmarlos dió luego libertad al preso. Las cosas no quedaron, sin embargo, en buen estado, pues á los pocos días estalló la rebelión, fué preso Hurtado, y hubiéralo sido también Vasco Núñez, si no se marchase á tiempo con algunos de sus parciales, pretestando que iba de caza por unos días. El primer acto gubernativo de los revoltosos fué apoderarse de 10.000 castellanos de oro que estaban sin repartir, y distribuirlos tan desigualmente, que pronto conocieron la diferencia que hay entre un buen general y un cabecilla revoltoso, y echando de menos el buen gobierno de Vasco Núñez, se alzaron muchos contra los sediciosos, y prendieron á Alonso Pérez, al bachiller Corral y otros de los principales.

En tal estado de inseguridad se hallaba el gobierno de la colonia de Santa María de la Antigua, cuando llegaron dos navíos con 150 hombres al mando de Cristóbal Serrano, conduciendo vitualla enviada por el Almirante de la Española, y una provisión del tesorero Pasamonte á Vasco Núñez, por la que le confería el nombramiento de Capitán General de Tierra-firme. Con esto se alegró mucho Vasco Núñez, pues aunque el nombramiento estaba expedido por el Tesorero de la Española, al cabo todos lo consideraban

tan valedero como si estuviese firmado por la Real mano, pues Pasamonte gozaba de mucho valimiento en la Corte, al contrario de lo que ocurría al Almirante. Con esta confirmación de su autoridad, y con el refuerzo que le había traído Cristóbal Serrano, volvió Vasco Núñez á recobrar el mando de la gente del Darien, sin temor ya de que ninguno le desobedeciese; y al revés de lo que hubiera hecho un gobernador vulgar y mezquino, demostró una vez más sus dotes especiales de político consumado, dando libertad á los cabecillas presos, y reconciliando con su persona á todos los insurgentes. También comenzó á disponer las cosas para hacer una expedición por la comarca, pues la experiencia le había enseñado recientemente que no convenía tener ociosos mucho tiempo á los soldados.

Pero toda esta satisfacción vino á interrumpirla un grave aviso que recibió de Juan de Zamudio, acerca del mal éxito de sus gestiones en la Corte. En efecto; las quejas que había dado el bachiller Enciso acerca de la manera que había tenido Vasco Núñez de despojarle del mando, y los cargos que á éste hacía de la muerte de Diego de Nicuesa, sepultado en el mar, según se creía, dieron por resultado el que se condenase á Vasco Núñez á indemnizar á Enciso los daños y perjuicios, y se le formase proceso criminal por lo que se refería á la muerte ó desaparición de Nicuesa, reservándose el sentenciar hasta haber oído los descargos del procesado. Las noticias no podían ser más graves para Vasco Núñez, que desde entonces no sosegaba un punto con el temor de que cuando menos lo pensase llegaría al Darien algún juez para sentenciarle.

Pero era hombre intrépido, y, lejos de acobardarse ante el peligro, tenía que buscar solución digna de su corazón animoso. Aquí su valentía abrió la puerta á su inmortalidad. Aunque él y todos sus soldados sabían que la empresa de descubrir el mar del Sur era muy ardua, pues según

informes que habían dado los indios se necesitaban mil hombres para atravesar comarcas en que habría que pelear con caciques poderosos, calculó que los momentos eran críticos, y que convenía llevar á cabo la expedición con las pocas fuerzas de que disponía; pues, si salía victorioso en la demanda, la importancia de este servicio le absolvería de los cargos que se le hacían, y si perecía en la empresa, con la muerte acababan todas sus penalidades terrenales. Faltaba que los soldados se aviniesen á seguirle en lo que todos consideraban imprudencia temeraria; pero un buen capitán, amado de sus tropas, encuentra recursos en todos los trances apurados; y una proclama, encaminada á demostrar que la empresa no era tan ardua como se pensaba, fué bastante para inspirar valor á aquel puñado de héroes aventureros, que, llevando á Vasco Núñez á la cabeza, eran capaces de conquistar el continente americano.

V

Comenzaba el mes de Setiembre del año 1513 cuando Vasco Núñez dispuso su expedición famosa al mar del Sur. Escogió para ella 190 hombres de los mejores que había en el Darien, procurando en la elección preferir á los más valerosos, obedientes y sufridos; y además dispuso 1.000 indios para el servicio del convoy, y muchos perros bravos, que utilizaban los españoles como animales de guerra en aquella conquista. Todo este pequeño ejército se embarcó en un bergantín y diez canoas; y después de escuchar silencioso la proclama en que su general le encarecía la importancia de la jornada que iba á acometer, y la necesidad de que todos fuesen obedientes á sus jefes, y disciplinados

en las marchas y combates, salieron navegando por la costa del mar.

Desembarcaron en la comarca del cacique Careta, casi suegro de Vasco Núñez, y no sólo fueron bien recibidos y obsequiados, sino que el cacique dió un refuerzo de indios que los acompañase, y se encargó de la custodia del bergantín y las canoas durante la expedición. Tomó ésta por tierra el camino de las montañas, y llegó á la comarca del cacique Pouca, que al saber por sus espías que iban hacia allí los españoles, se ocultó en los bosques inmediatos. Pero Vasco Núñez, que deseaba para el mejor éxito de la empresa tener guardadas las espaldas, y cuidaba mucho de hacerse temer de los caciques sin necesidad de tiranizarlos, envió algunos indios de Careta que dijesen á Pouca que no tuviese temor alguno en venir á recibirle, pues siempre sería su amigo. Pouca aceptó con buen ánimo la proposición de Vasco Núñez, y salió á buscarle, siendo recibido por él con mucha alegría. Cambiaron sus presentes, dando Pouca á Vasco Núñez diez pesos de oro, únicos que tenía, provisiones en abundancia y gente que ayudase á llevar las cargas y sirviese de guía para llegar á las alturas de las sierras desde donde se descubriese el otro mar. Vasco Núñez dió á Pouca y á sus súbditos muchas baratijas, como cuentas, cascabeles y espejos, y algunas hachas de hierro, que los indios agradecieron mucho por serles muy útiles para las labores de madera.

Continuando su marcha por la falda de las sierras, penetraron los españoles en los dominios del cacique Cuarecuá que era tenido por uno de los más poderosos del país, y se hallaba dispuesto á rechazar la invasión de los extranjeros al frente de muchos indios armados de arcos y flechas. Salió al encuentro de los españoles un grupo de indios, requiriéndoles que no pasasen adelante; y viendo que Vasco Núñez no hacía caso de las amenazas de aquellos

embajadores, se lanzó Cuarecuá con su tropa sobre los españoles, moviéndose todos impetuosamente y con grande gritería. Vasco Núñez, con gran parsimonia, mandó disparar algunas escopetas y ballestas, de que resultaron algunos indios muertos, y todos los demás fugitivos y dispersos; pues al oír los disparos y percibir sus efectos mortíferos, creyeron que los españoles eran demonios que tenían poder para lanzar rayos y destruir á los hombres. Sobrevino la persecución, y entre las espadas y los perros mataron más de 600 indios, entre ellos el cacique y sus jefes principales, hiriendo á otros muchos y cautivando á algunos. Entraron en el pueblo, que saquearon á maravilla, tomando buena cantidad de oro, y cautivaron á un hermano del cacique y otros varios que andaban vestidos en traje de mujeres, por lo que los españoles creyeron que eran sodomitas, y Vasco Núñez mandó echarles los perros, que los despedazaron incontinenti. Despidiéronse allí los indios de Pouca, que fueron sustituidos por otros de Cuarecuá, y continuóse la marcha hacia la cumbre de las sierras, quedando en el pueblo saqueado algunos españoles que iban enfermos de hambre y de cansancio.

La subida hasta la cumbre deseada fué tan penosa, por lo accidentado del suelo y por el mismo cansancio de la tropa, que mediando seis ó siete jornadas desde el pueblo de Cuarecuá hasta la cima, tardaron más de veinte días en el camino. El día 25 de Setiembre se hallaban ya en lo alto; y habiendo dicho algunos indios que estaba ya muy cerca el punto que daba vista al mar, Vasco Núñez mandó hacer alto, pues quería ser el primer español que le descubriese. Al efecto, subió solo el corto trecho que faltaba; y al dar vista al inmenso Océano Pacífico, se puso de rodillas, alzó al cielo las manos y dió infinitas gracias á Dios, que le deparaba la inmensa fortuna de ser el primer descubridor de aquel mar antes desconocido en Europa. Llamó enton-

ces á la tropa, y al divisar el nuevo horizonte que á la vista se presentaba, todos se pusieron de hinojos, y alabaron á Dios que había creado tantas maravillas y les concedía el gran beneficio de descubrir aquel mar. Vasco Núñez arengó á los soldados, infundiéndoles la esperanza de que Dios y su bendita Madre, en quienes ponían su confianza, les concedería la gloria de gozar de los tesoros que aquel mar y sus costas encerraban.

Los soldados, llenos de regocijo, acogían las palabras de su jefe con la fe de una profesía. Merece copiarse aquí á la letra lo que el cronista á quien voy siguiendo escribe en este punto, para honra y prez de Vasco Núñez. «Todos se holgaban de oirlo i todos creían i esperaban lo mismo, fundando sus esperanças particularmente en este Capitan, á quien tenían grande amor, porque no hacía diferencia entre sí i qualquier Soldado: porque el Superior que en los trabajos se iguala con el inferior, es causa que no se sientan, i que se lleven con menor sentimiento: i maior satisfacion reciben los Soldados de vn General que con ellos participa de los trabajos, que del que con ellos reparte las honras i el premio. Aiudaba Vasco Nuñez esto con el ahabilidad i la llaneça, i con la compasion que tenía de los enfermos i heridos, á los quales, vno á vno, visitaba i consolaba: i dióle autoridad ser intrépido en los peligros, porque en ningun trabajo se perdió de ánimo, ni desminuió en vn punto su reputacion» (1). La Providencia, al crear los hombres superiores, los dota de aquellas cualidades necesarias para que lleguen á la grandeza de su misión.

Terminada su arenga, Vasco Núñez tomó posesión de aquel mar en nombre de los Reyes de Castilla y León, los cuales escribió en las cortezas de algunos árboles con la punta de un cuchillo; y en señal de aquel acto de posesión

(1) Herrera, lug. cit., lib. X, cap. I.

puso cruces, cortó algunos árboles y amontonó algunas piedras.

Dispuso enseguida la bajada de aquellas alturas hasta llegar al mar, penetrando en la comarca del cacique Chiapes, que ya estaba preparado para recibirle con las armas. No ignoraban esto los españoles, que apenas dieron vista á aquel ejército enemigo, dispararon sus escopetas y ballestas, y soltaron los perros. Los indios emprendieron la huida, espantados de aquel estruendo, que suponían infernal, y en su persecución fueron los españoles hasta penetrar en el pueblo de Chiapes, donde Vasco Núñez envió á éste unos mensajeros indios para que le convenciesen de que no iba en són de guerra, antes bien deseaba tener amistad con él. Aceptó Chiapes el ofrecimiento de aquellas gentes, á quienes consideraba capaces de reducir á la nada á todos sus súbditos, y á cambio de las baratijas con que le obsequió Vasco Núñez, entregó á éste 400 pesos de oro, y le proporcionó algunos indios que ayudasen á llevar el convoy. Vasco Núñez despachó para su tierra á los indios de Cuarecuá, con orden de que viniesen á juntársele los españoles que allá habían quedado enfermos, los cuales vinieron á participar del regocijo que á todos animaba.

Después de esto dió orden á Francisco Pizarro, á Juan de Escaray y á Alonso Martín de Don Benito, para que cada uno saliese con doce hombres, por distintos rumbos, y buscasen el camino más corto hasta la orilla del mar. El más afortunado fué Alonso Martín, que á los dos días de jornada llegó á un punto donde vió dos canoas en seco, y estando pensando cómo era posible que aquellas barquillas estuviesen dentro de tierra, le sacó de la duda una ola del mar, que invadió el suelo que pisaba y puso en movimiento las canoas. Al ver esto Alonso Martín, entró en una de ellas, y puso por testigos á sus compañeros de que él era el primer español que entraba en el mar del Sur; ejemplo

que imitó otro llamado Blas de Atienza, metiéndose en la otra canoa y pidiendo testimonio de que él era el segundo que navegaba en aquellas aguas. Con esto se volvieron al pueblo de Chiapes, y dieron cuenta á Vasco Núñez de su comisión.

Con esta nueva dispuso Vasco Núñez la bajada á la orilla del mar, en cuya empresa le acompañó Chiapes con muchos de sus súbditos, quedando en el pueblo de éste muchos españoles que iban cansados y enfermos de las penosas jornadas que se habían hecho. El día 29 de Setiembre llegaron, Vasco Núñez con 80 soldados y Chiapes con muchos indios, á la orilla del mar, y allí en presencia de todos se entró Vasco Núñez en el agua hasta los muslos, desenvainó su espada, y con intrépido continente manifestó ante todos que tomaba posesión de aquellos mares y sus costas en nombre de los Reyes de Castilla y León, y que si algún otro príncipe alegaba algún derecho contra aquella soberanía, él estaba pronto á contradecirlo con la espada en la mano, lo mismo por mar que por tierra. Todos los españoles allí presentes respondieron por su parte que, como naturales vasallos de los Reyes de Castilla y León, estaban dispuestos á defender lo mismo que su capitán acababa de decir, y á dar su vida peleando por ello contra todos los reyes del mundo. Vasco Núñez pidió en el acto al escribano Andrés de Valderrábano, que se hallaba presente, que levantase acta dando testimonio de cuanto acababa de ver y oír, y así se hizo, siendo testigo el clérigo Andrés de Vera (1).

Embarcáronse después en nueve canoas que hallaron en la orilla, y pasando un gran río, fueron á la comarca de Cocurá, á quien también tuvieron que saludar á tiros y

(1) «Sobre lo qual hizo muchos Autos i diligencias, porque era valiente, astuto, cuidadoso, i de generoso ánimo; Capitan digno de grandes Empresas.» Herrera, lug. cit., cap. II.

convencer de sus buenos propósitos; dando por resultado la buena acogida que Cocurá les dió 650 pesos de oro, y se despidieron los españoles como buenos amigos.

Estando en la tierra de Chiapes, resolvió Vasco Núñez lanzarse al mar para descubrir algo, y Chiapes trató de disuadirle, por ser entonces peligrosa la navegación, á causa de la inquietud continua en que están las aguas de aquel golfo, á causa de las muchas islas y escollos que en él hay. Vasco Núñez no desistió sin embargo de su propósito, y en las nueve canoas se embarcó con 80 españoles, y Chiapes con muchos indios, y se dieron á navegar por el golfo, que llamaron de San Miguel por haberlo descubierto el día 29 de Setiembre. Apenas se habían internado en el agua comenzó un oleaje tan peligroso, que los españoles temieron naufragar; y los indios, no menos temerosos, pero más experimentados, resolvieron atar las canoas unas con otras para evitar el naufragio, yendo á acogerse á una isleta, donde pasaron la noche. Ésta no fué menos peligrosa, pues el oleaje cubría toda la isla, y estaban metidos en agua hasta la cintura, temiendo que las olas á cada momento subiesen y todos fueran arrastrados al abismo. Cuando al cabo bajó la marea y apareció el día, se encontraron sin el convoy, que el mar les había robado, destrozando al paso algunas canoas y abriendo grietas en otras. Rellenaron con yerbas majadas las hendiduras de las canoas, y como mejor pudieron se marcharon á un rincón del golfo.

Pertenecía aquella tierra al cacique Tumaco, á quien se encontraron dispuesto á rechazarles, por lo que tuvo necesidad Vasco Núñez de pelear con él hasta descalabrar su ejército. Tras esto vinieron las embajadas, y no costó poco á Chiapes convencer á Tumaco para que aceptase la amistad de los españoles; pero al cabo éste se convenció, y regaló á Vasco Núñez joyas de oro por valor de 614 pesos, y 240 perlas gruesas, muy preciosas, y otras menu-

das. Los españoles acogieron este presente con tanta alegría, que viendo Tumaco el afán que tenían por las perlas, quiso demostrar el desprecio con que él las miraba, enviando al efecto varios de sus súbditos para que pescasen más, y al cabo de cuatro días volvieron los pescadores con cantidad de perlas por valor de doce marcos (1). Dieron entonces los caciques noticia á Vasco Núñez de que á cinco leguas de aquella costa había una isla, de que era señor un cacique muy poderoso, en la que se pescaban ostras con perlas muy gruesas; y le añadieron que toda aquella costa se prolongaba muchísimo hacia el Sur, en donde había países muy ricos en oro, y reyes muy poderosos. Era la segunda noticia que tenían los españoles del Perú, y presente estaba Francisco Pizarro, que había de conquistarle. Quiso Vasco Núñez ir á la isla de las perlas, pero le convencieron Chiapes y Tumaco de que era muy peligrosa la navegación en aquel tiempo, y debía dejar la expedición para el verano, en que el mar estaba más tranquilo; y como tan recientemente lo había experimentado, aceptó el consejo y resolvió volverse á Darien.

Dispuesto todo para marchar, y después de encomendar á Chiapes el cuidado de los españoles enfermos, despidióse Vasco Núñez de los caciques con su habitual afabilidad y con las cortesías que acostumbraba emplear con todos (2); sintiendo tanto Chiapes aquella despedida, que lloró de corazón al separarse. Llegados al pueblo del caci-

(1) «Las Perlas grandes eran de mucho valor; salvo que por echar los Indios en el fuego las Ostias adonde están las Perlas para abrirlas salían húmedas, i no tan blancas como lo son de su natural. Despues, con el tiempo, enseñaron los Castellanos á los Indios cómo se havian de abrir las Ostias sin fuego.» Herrera, lug. cit., cap. III.

(2) «Porque en esto de cumplimientos i cortesías no tenía Vasco Núñez quien se le igualase; i para los que gobiernan es parte mui necesaria.» Herrera, lug. cit.

que Teaochán, los recibió éste con grandes demostraciones de alegría, pues tenía noticia de la manera de obrar de los españoles con quien les hacía guerra, y en señal de amistad dió á Vasco Núñez 1.000 castellanos de oro en piezas de linda labor y 200 perlas muy finas, fuera aparte de las provisiones que suministró para el camino, y de los indios que al mando de un hijo suyo puso á las órdenes de Vasco Núñez, para que en la conducción del convoy relevasen á los de Chiapes, que fueron despedidos para su tierra.

Siguieron la marcha por el territorio del cacique Poncra, que huyó á internarse en los bosques, y después de muchas penalidades encontraron el pueblo abandonado de gente, pero rico en joyas de oro, pues recogieron 3.000 pesos. Este cacique debía de ser de distinta raza que los demás del país, pues dice Herrera que era «feísimo de gesto i de todos sus miembros, i diferente de todos los otros Hombres; i tan desproporcionado, que de verle todos se admiraban.» También contribuye á robustecer esta apreciación el detalle de que era enemigo de los demás caciques de la comarca; pues apenas se presentó á hacer amistad con Vasco Núñez, acudieron los caciques á dar cuenta de los agravios que éste les había hecho. Vasco Núñez mandó echar los perros á Poncra y sus jefes más principales; hecho de que Herrera no hace conjetura alguna, y que parece ser bastante criminal, puesto que aquellos desdichados se le habían ofrecido de paz, y se habían encomendado de buena fe á él. Yo entiendo que aquella acción tan reprehensible la llevó á cabo con la mira política de afianzar mejor la sumisión y amistad de los caciques que habían acudido á pedirle justicia contra Poncra, á quienes halagó indudablemente la destrucción de aquel enemigo; pues no se comprende que un hombre tan generoso como Vasco Núñez, que no tenía rival en su táctica para tratar bien á

los indios, ordenase la muerte de Poncra en ocasión en que ningún peligro podía temer de él.

Treinta días se detuvo Vasco Núñez en el pueblo de Poncra, dando descanso á los soldados, que con el tránsito por sierras ásperas estaban muy cansados. En esta ocasión se les juntaron los que había dejado enfermos en el pueblo de Chiapes, á quienes acompañó en su viaje el cacique Bononiamá, que se presentó muy gustoso á servirles, y en premio de ello fué muy bien agasajado y recibido de Vasco Núñez. Continuaron al cabo su marcha por aquellas sierras, pasando trabajos indecibles, hambre y cansancio, de que algunos indios desfallecieron, y pasando por pueblos muy pobres, que sólo pudieron ofrecerles su buena voluntad. Lo peor de todo era el hambre; pues como los indios no podían llevar más de dos ó tres arrobas de peso, y la carga del oro aumentaba la gente, en cuanto pasaban dos días en despoblado se consumían todas las provisiones.

Una embajada les salió al camino, de parte de un cacique que suplicaba á Vasco Núñez fuese á su tierra á vengarle de afrentas y daños que otro le había hecho, por cuyo servicio le pagaría con gran cantidad de oro, de cuyo metal le entregaron los emisarios 30 piezas. Vasco Núñez agradeció este obsequio, y prometió á los mensajeros que otro día iría á complacer á su señor. «Pesaban estas Pieças mil i quatrocientos Castellanos, porque de todo se tenía cuenta i raçon, para sacar primero el Quinto del Rei, i dar á cada vno su parte, en que Vasco Nuñez no hacía agravio á nadie; porque, como era severo, era liberal en el premio i recto en dar á cada vno lo que le tocaba: con lo qual tenía á los Soldados tan aficionados i obedientes, que á qualquier empresa le seguían de buena gana: i duraran debaxo de su Gobierno» (1).

(1) Herrera, lug. cit., cap. V.

Llegaron al pueblo del cacique Pocorosa, donde estuvieron bien hospedados por espacio de treinta días, y recibieron 1.500 pesos de oro. Supieron que había que pasar por la comarca del cacique Tubanamá, al que los indios tenían por muy poderoso, porque á todos los caciques comarcanos los sojuzgaba continuamente; por lo que Vasco Núñez resolvió acometerle cuando menos lo esperase, y cogerle prisionero. Con 60 soldados de los más animosos anduvo dos jornadas en un día, y cayendo sobre el pueblo enemigo durante la noche, cogió preso á Tubanamá con su familia, en la que contaba 80 mujeres. Muchos caciques vecinos, al saber la prisión de Tubanamá, acudieron á exponer las quejas que de él tenían, é importunaban á Vasco Núñez para que le mandase matar. Mostró éste propósito de complacer á los querellantes, y al ver Tubanamá los preparativos de muerte que los perros le enseñaban, rogó á Vasco Núñez con lágrimas que no le matase por complacer á aquellos envidiosos enemigos de su poder, y le ofreció cuanto oro pudiese juntar. Dióle en el acto 3.000 pesos de oro en joyas, y á los tres días le presentó 6.000 pesos que habían traído sus vasallos. Conoció Vasco Núñez que aquella tierra era muy rica, y entonces hizo propósito de fundar más adelante un pueblo de españoles para la explotación de las minas de oro, y asimismo otro pueblo en el país de Pocorosa para proteger el comercio de un mar á otro.

Dejando tranquilo á Tubanamá, siguieron su viaje, otra vez penoso, y Vasco Núñez, con tanto trabajo como se imponía por dar ejemplo á sus soldados, adoleció de calenturas, que le obligaron á caminar llevado en hombros de indios, en una hamaca, pues de ningún modo quiso que se hiciese alto. Llegaron al fin al pueblo de Comagre, que ya había muerto, y fueron muy bien acogidos de su hijo y sucesor, que les dió 2.000 pesos de oro, y les agasajó cuanto

pudo en el tiempo que allí estuvieron de descanso. De allí pasaron al pueblo de Pouca, donde cuatro españoles que habían ido del Darien les dieron la noticia de que habían desembarcado dos navíos con provisiones, procedentes de la Española. Vasco Núñez se adelantó con 20 soldados, y entró en Santa María del Darien el 19 de Enero de 1514, después de cuatro meses y diecinueve días de expedición á través del istmo de Panamá. La alegría que hubo en la colonia con tan feliz llegada fué inmensa, haciéndola mayor la riqueza que traían los expedicionarios, que ascendía á 40.000 pesos de oro, los cuales, separado el quinto del Rey, repartió Vasco Núñez muy equitativamente, no sólo entre los que le habían acompañado en la empresa, sino también entre los que habían quedado en Darien.

VI

Ya en otro lugar queda dicho que Vasco Núñez se resolvió á emprender el descubrimiento del mar del Sur, á pesar de su creencia de que para ello necesitaba más fuerzas de las que tenía bajo su mando, por el deseo de realizar una hazaña que por sí sola fuese bastante para cancelar los cargos que se le hacían en la Corte. Conseguido aquel descubrimiento, claro es que su primer cuidado había de ser enviar á España un mensajero de tan importante noticia; y al efecto escogió á Pedro de Arbolancha, natural de Bilbao, que era muy amigo suyo y había participado de todos sus sinsabores en el Darien. Á este bizarro compañero entregó Vasco Núñez una carta para el Rey, en que explicaba minuciosamente el fausto acontecimiento, haciendo notar que no había perdido en la empresa soldado alguno, y que aun cuando para ella había sacado del Darien 190,

como tuvo que atravesar una asperísima cordillera, siempre iba la tropa cansada y hambrienta, hasta el punto de que en cada ocasión en que hubo que pelear con los indios no llegaban á 80 los soldados que estaban útiles para ello. También explicaba que había procurado usar más de la astucia que de la fuerza para imponerse á los caciques, y que por este medio había logrado obtener de ellos revelaciones muy interesantes acerca de los países del Sur bañados por el mar descubierta, donde abundaban tanto el oro y las perlas, que parecía increíble hubiese tantas riquezas. Con esta carta, y con un presente de las mejores perlas, para entregarlas al Rey en nombre de Vasco Núñez y de los demás expedicionarios, salió Pedro Arbolancha del Darien en los comienzos del mes de Marzo.

Después mandó Vasco Núñez al capitán Andrés de Garabito que saliese con 80 hombres á medir la distancia desde el Darien hasta el mar del Sur, ó por lo menos buscar camino más recto; y para ello subió Garabito por la orilla del río que llamaban de la Trepadera, cruzó la cima de las montañas, y bajó al mar por la orilla de otro río, sojuzgando ó sometiendo al paso algunos caciques, y volviendo felizmente al Darien por el mismo camino. También el capitán Bartolomé Hurtado fué de orden de Vasco Núñez, con 40 soldados, á someter á los caciques Benamaquey y Abraibé; y después de cautivar á muchos y someter á todos, volvió al Darien con buena cantidad de oro.

Pero Vasco Núñez era un genio muy activo, que tenía más de político que de militar, con ser buen soldado, y más de colonizador que de político, con ser buen diplomático; y así miraba con solícito interés por la conservación de aquella colonia, que era el único punto de apoyo entonces para explotar el mar Pacífico. Así, su primer cuidado era que se hiciesen sementeras, en las que se aclimasen algunos cultivos de España; de suerte que, aparte el mucho

maíz que se cosechaba, se plantaron vides y otros árboles frutales, que se criaron muy pronto, y en poco más de un mes se recogían melones, cohombros, pepinos, calabazas, lechugas, acelgas y otras cosas. Con esto demostraba Vasco Núñez que sabía muy bien tener ocupada siempre á su gente en cosas útiles, y al mismo tiempo ir arraigando la dominación española en el país.

Supo por unos indios que los moradores de las orillas del río Grande ó de San Juan explotaban minas de oro que había en las montañas próximas, é inmediatamente dispuso una expedición á aquella tierra. Embarcóse con 300 soldados en bergantines y canoas, y «subió, navegando por el Río, que está en seis grados de la Equinocial, adonde desemboca en la mar; i habiendo caminado doce Leguas, hallaron muchas Lagunas por ambas partes del Río, con Cañas i Juncos muy gruesos, i de noche infinitos Murciélagos, que mordían á los Hombres: descubrian Montañas, pero no podían ir á ellas, por las Lagunas: veían Arboles semejantes á Palmas altísimas: topáronse con muchas Canoas de Indios, armados de Arcos i Flechas emponçoñadas, que en descargándolas huían por algunos Canales de las Lagunas, tan estrechos, que era imposible poderlos seguir; y continuando la navegación por el Río arriba, hallaron vna gran Campaña, adonde el Río hacía vn gran Lago, i en él vna Isla con muchas Arboledas de Palmas adonde los Indios tenían sus habitaciones, atravesando maderos de vn Árbol á otro, i cerrándolos con ramos i hojas entretexidas, i tan cerradas las Casas i pegadas vna con otra, que con las Arboledas no se podía comprehender de lejos si era espesura de Arboles ó habitación» (1). En este lugar había 4.000 indios, que apenas divisaron las canoas españolas, dispararon una nube de flechas, hiriendo á muchos soldados, que

(1) Herrera, lug. cit., cap. IX.

murieron de las heridas. Saltaron en tierra y, puestos en orden de combate, mandó Vasco Núñez disparar las armas de fuego, cuyo estampido puso en huida á los indios; pero al ver éstos que los españoles intentaban entrar en sus casas, donde estaban albergados niños y mujeres, volvieron como fieras acosadas á combatir á los españoles, y descalabraron de tal modo á la mayor parte, que el mismo Vasco Núñez fué herido en la cara por un golpe de macana y en el brazo derecho por un dardo. Conoció entonces el caudillo español que para domeñar aquella gente necesitaba otros medios, y resolvió volverse al Darien con el disgusto de la derrota. Lo que no sabía entonces el intrépido capitán es que aquel descalabro era el comienzo de sus desgracias, pues allí comenzó á eclipsarse su estrella.

Las quejas del bachiller Enciso en la Corte dispusieron los ánimos en contra de Vasco Núñez de Balboa, á pesar de lo mucho que por él abogaron Zamudio, Caicedo y Colmenares; pero las noticias que daban de la riqueza del país abrieron los ojos de la codicia á muchos, y se hacía necesario disponer una expedición, capitaneada por persona de tal categoría, que, al mismo tiempo que residenciaba á Vasco Núñez y hacía justicia á los descontentos de éste, desempeñara con mano firme el gobierno del Darien. Sin embargo, no pudo haber mayor desacierto en la elección; pues fué nombrado Gobernador Pedrarias Dávila, hermano del Conde de Puñonrostro, el cual, si bien como soldado tenía buena fama, por los muchos servicios que había prestado en la guerra, como gobernador y colonizador carecía de las dotes políticas que el cargo requería; y como hombre, los hechos se encargaron de demostrar que estaba devorado interiormente por la envidia á los triunfos de Vasco Núñez, que con baja intención trató de desprestigiar. Nombraron: Teniente de Pedrarias á Juan de Ayora, natural de Córdoba; Alcalde Mayor del Darien, al licenciado Gaspar

de Espinosa, natural de Medina del Campo; Alguacil Mayor, al mismo bachiller Enciso, que, por ser enemigo de Vasco Núñez, había de echar veneno en las heridas que los otros infiriesen á éste; y, por último, para Obispo de la catedral de Santa María de la Antigua nombraron á fray Juan de Quevedo, único que, en mi sentir, se embarcó animado de buenos sentimientos en aquella funesta expedición.

Las noticias que Juan de Caicedo había traído á España acerca del mucho oro que había en aquella parte de Tierra-firme despertaron en muchos el deseo de embarcarse en la expedición de Pedrarias, movidos sin duda por la codicia de enriquecer pronto, pero dispuestos á pelear con los indios si era necesario. Mas la noticia singular de que había un río donde el oro se pescaba con redes, según decía el indio embustero que Caicedo trajo á España, puso también en movimiento á muchos holgazanes, que, por lo mismo que no eran capaces de trabajar, creyeron haber encontrado la ocasión de enriquecer como por encanto. De estos codiciosos haraganes llevaba Pedrarias en su flota un buen número. La fama de tanta riqueza fué causa de que á la comarca del Darien, que en un principio llamaron los españoles Andalucía por analogía de clima, la llamasen en adelante Castilla del Oro.

El día 11 de Abril del citado año 1514 se embarcó Pedrarias Dávila para el Darien con su esposa Isabel de Bobadilla y Peñalosa, sobrina de la Marquesa de Moya, y con 1.200 hombres, que constituían su tripulación. Dejémosle ir á través de los mares, donde pasó sus percances y tuvo no pocas averías. Lo cierto es que aun no había llegado en aquella fecha á España Pedro de Arbolancha; y que si éste llegara antes de la partida de Pedrarias, mejor arreglo se hubiese dado á las cosas del Darien.

En efecto; la presentación del bilbaino Arbolancha en

la Corte con la carta de Vasco Núñez fué un acontecimiento tan fausto como la llegada de Colón después de su primer viaje. La noticia del descubrimiento de un nuevo mar, donde se pescaban hermosas perlas, y en cuyas costas había minas de oro, era demasiado importante para que aquella Corte la escuchase sin júbilo. Allí estaban las perlas, las ajorcas, los collares y otras joyas y vasijas de oro que Vasco Núñez y sus soldados enviaban como presente á su Rey, para ser mudos pero elocuentes testigos de cuanto se decía en la carta del famoso descubridor. Allí estaba Pedro de Arbolancha, que había participado de la gloria del descubrimiento, para referir con interés las muchas peripecias del viaje á través del istmo, trepando y bajando por la altísima cordillera que lo cruza de Norte á Sur. El hecho produjo en el ánimo del Rey inmensa alegría; y no menor fué la que experimentaron los del Consejo de Indias, en cuya corporación abogaron por Vasco Núñez el obispo de Burgos D. Juan Rodríguez de Fonseca y el comendador Lope de Conchillos. Claro es que Arbolancha, por la íntima amistad que le ligaba á Vasco Núñez, procuraría con toda vehemencia deshacer los cargos que contra éste presentara el bachiller Enciso; y no es dudable que las gestiones del amigo lograrían convertir en *peccata minuta* tales acusaciones, si se mira que en realidad lo eran para aquella ocasión, en que todos los ánimos se inclinaban en favor de un héroe que tan incomparable servicio había prestado á su patria. Entonces, los mismos que habían enviado poco antes á Pedrarias al Darien para que residenciase á Vasco Núñez de Balboa, comprendieron la necesidad de poner remedio á esta medida inoportuna; y el Rey fué el primero en ordenar que se premiasen como merecían los altos servicios del descubridor del mar del Sur.

VII

Á fines del mes de Julio llegó Pedrarias á la costa del golfo de Urabá, á legua y media del Darien; y, antes que saltar á tierra, envió á Vasco Núñez un mensajero que le notificase su llegada como gobernador del Rey, pues temía que Vasco Núñez no le reconociese como tal. Bien pudiera haberlo hecho, pues contaba con 450 hombres tan aguerridos y disciplinados como leales á su persona; 450 hombres que, como dice Herrera, valían más que los 1.500 que Pedrarias tenía á bordo. Cuando el emisario de Pedrarias llegó al Darien «preguntó por Vasco Nuñez: mostráronsele, que estaba mirando i aiudando á los Indios, que le cubrian una Casa de paja. Estaba vestido de vna Camiseta de Algodon, ó de Angeo, sobre la de lienço, con vnos Alpargates, i en Çaragüelles. Quedó el Hombre espantado de ver aquel Vasco Nuñez, de quien tantas haçañas se decian en Castilla, creiendo que le havia de hallar puesto en algun trono de Magestad: i á la verdad, él estaba conforme al oficio de Capitan i Descubridor, que requeria semejante hábito» (1).

Acercóse el emisario á Vasco Núñez, á quien dió cuenta de la llegada de Pedrarias, y aquél le respondió que de su parte diese á éste la bienvenida, y le dijese que él y todos los vecinos estaban á sus órdenes. No faltaron en el Darien muchos que propusieran impedir á Pedrarias la entrada; pero á todos contuvo Vasco Núñez con su autoridad, y por orden suya fueron á recibir al nuevo gobernador desarmados, para no inspirar recelo alguno. Fué Pedrarias muy bien acogido, y su gente alojada en las casas de los demás. El

(1) Herrera, lug. cit., cap. XIV.

primer cuidado de los codiciosos que fueron en busca de oro, fué preguntar dónde y cómo se pescaba el precioso metal; pero quedaron burlados cuando supieron que para pescarle había que trabajar, y no poco, en las ricas minas que encerraban aquellas montañas. Muchos de estos codiciosos enfermaron y murieron con motivo del cambio de clima, y del hambre que trajo consigo el aumento de gente, que no hacía más que consumir las provisiones.

Mandó Pedrarias pregonar la residencia contra Vasco Núñez, á quien mandó prender, y el alcalde Espinosa le condenó en algunos miles de reales por daños ocasionados á Enciso; pero en lo referente á Nicuesa y en otros cargos que se le hacían quedó absuelto. Vasco Núñez conoció pronto que no podía esperar de Pedrarias y su gente otra cosa que agravios y vejaciones, y que le convenía marcharse á descubrir tierra nueva donde mandar y no ser mandado. Tenía por otra parte noticia de que el Rey quería premiar sus servicios, y así creyó lo más conveniente disponerse para emigrar del Darien; á cuyo efecto envió en secreto á Andrés Garabito á la isla de Cuba, para que reclutase gente, con la cual pensaba irse por Nombre de Dios, y pasar al mar del Sur á fundar una población que sirviese de apoyo á sus empresas.

Pedrarias envió á su teniente Ayora con 400 hombres á fundar pueblos en las comarcas de los caciques Comagre, Pocorosa y Tubanamá, pues así lo había aconsejado Vasco Núñez en sus cartas al Rey; pero Ayora lo hizo tan mal, que maltrató á los caciques, obligándoles á alzarse en guerra y huir á los bosques. Lo único de provecho que hizo fué averiguar que había veintiséis leguas de distancia de mar á mar por el camino más corto, y fundar en la comarca de Pocorosa la villa de Santa Cruz, á orillas del río á que dieron este nombre. También Luís Carrillo, que había ido con 60 hombres á poblar un lugar á la orilla del río de las

Ánades, á siete leguas del Darien, abandonó la fundación, y después de guerrear con el cacique Abraibé, se volvió á Santa María.

Al comenzar el año 1515 se recibieron en España cartas de Pedrarias, en que daba cuenta de su viaje, de la residencia de Vasco Núñez, y de las cosas del país; dando á á entender que la fama de las riquezas era una superchería, y que había de ocasionar más daño que provecho el dominio de aquella tierra; en lo cual llevaba Pedrarias la mala fe hasta lo increíble, por el mucho afán que tenía en desacreditar á Vasco Núñez. En cambio muchos soldados de éste escribieron que el gobierno de Pedrarias era en extremo calamitoso; pues los recién llegados cometían impunemente toda clase de desmanes; la abundancia de provisiones que había bajo el mando de Vasco Núñez se había trocado en miseria y hambre; la actividad que entonces había para sembrar y plantar había sido sustituida por la holganza; á la alegría con que entonces se jugaban cañas los días de fiesta, habían sucedido ahora el malestar y el disgusto en general; los caciques, antes amigos pacíficos de Vasco Núñez, se habían convertido en enemigos alzados en armas, por el mal trato que recibían bajo el gobierno de Pedrarias; y, en fin, que la residencia tomada á Vasco Núñez y su gente había dado origen á tantos pleitos, que, según decía el alcalde Espinosa, haciendo un cálculo prudente, cada español salía con cuarenta pleitos, de suerte que nadie ganaba dinero en aquella tierra más que los curiales. Á Vasco Núñez llegaron éstos á abrumarle hasta el punto de quedar empobrecido por completo, y eso que era dueño de más de 10.000 pesos de oro cuando, para su desgracia, desembarcó Pedrarias.

Pero la saña envidiosa de éste contra Vasco Núñez no descansaba hasta destruirle. Porque escribió al Rey que á orillas del río Grande estaba el templo cuyo ídolo era de

oro, le ordenó Pedrarias que fuese con 200 hombres á conquistar aquella riqueza, esperando un fracaso con que acabar de arruinar su fama. Navegaban en canoas por la comarca de los gugures, cuando un numerosísimo ejército de indios, grandes nadadores, cayó repentinamente sobre ellos, volcó las canoas y perecieron ahogados más de la mitad de los españoles, y entre ellos el capitán Luís Carrillo. Saltó en tierra Vasco Núñez con los pocos que pudieron salvarse, mantúvose peleando hasta que cerró la noche, y herido y maltrecho se volvió con ellos al Darien. Los soldados de Pedrarias se alegraron en el alma de verle llegar de aquel modo; que la envidia no tiene entrañas, y por lo mismo que se entristece ante el bien ajeno, necesita para alimentarse la desgracia de los hombres de buena voluntad. Pero también á Pedrarias le castigaba la Providencia, y á no ser ciego hubiera podido aprender cuánto le importaba proteger y no arruinar á Vasco Núñez; pues Juan de Ayora, después de saquear á Pocorosa, huyó á España con lo que había robado; Garci-Álvarez y demás pobladores de la villa de Santa Cruz murieron todos en un ataque que les dió Pocorosa; y, por último, Pedrarias, sobrino del Gobernador, hizo una expedición infructuosa.

Llegó entonces al Darien un navío, procedente de España, con cartas del Rey para Pedrarias y Vasco Núñez. Á éste le nombraba el Rey Adelantado del mar del Sur y Gobernador de Panamá; á aquél le recomendaba muy eficazmente que protegiese á Vasco Núñez, le auxiliase en el desempeño de su cargo y le consultase en todos los asuntos de interés; pues era voluntad del Rey que fuesen premiados los buenos servicios prestados por Vasco Núñez. Se pregonó el nombramiento de éste, y comenzó á usar del título de Adelantado; pero Pedrarias temió que se le escapase de las manos, y, lejos de cumplir los mandatos del Rey, se dió traza á tener siempre supeditado á aquel

héroe, á quien miraba como enemigo. Supo que por entonces había llegado Garabito con la gente que reclutó en Cuba para Vasco Núñez, y de aquí tomó ocasión para prender á éste, con ánimo de envolverle en un largo proceso; lo cual hubiera hecho, á no mediar muy activamente el obispo Fr. Juan de Quevedo, que llegó á interesarse mucho por Vasco Núñez, por lo mismo que reconocía los méritos de éste y no los miraba con la envidia ponzoñosa que devoraba á Pedrarias.

Las expediciones que éste enviaba á explorar el país seguían siendo funestas, pues los indios se rebelaban contra el gobierno español, y hacían en nuestros soldados cuanto destrozo podían. Gaspar de Morales y Francisco Pizarro se vieron muchas veces perseguidos y desesperados. Francisco Becerra, que llevaba bajo su mando 180 hombres, sucumbió con todos ellos á manos de aquellos irritados indios que antes eran tan fieles á Vasco Núñez. Éste veía con indignación cómo se iba derrumbando todo el edificio levantado por él, y en una carta de 16 de Octubre de 1515 expuso al Rey muy detalladamente los malos efectos del gobierno de Pedrarias, que al cabo concluirían por la destrucción de cuanto había en el Darien; y aconsejó que se enviase un visitador para que abriera información de todo, y se tomasen medidas oportunas para la conservación de de aquel país, que aún era más rico de lo que en cartas anteriores había él dicho.

Presúmese que Pedrarias tenía noticia de esta carta, y que por ello seguía en progresión creciente su odio á Vasco Núñez; pues lo cierto es que éste seguía en el Darien como si estuviera preso, y ninguna ocupación quería darle su implacable enemigo, por no proporcionarle ocasión de demostrar su valimiento. El obispo Quevedo, que debió conocer pronto los méritos de Vasco Núñez, cuando tanto le apreciaba á pesar de verle en la desgracia, lamentaba que Pe-

drarias no utilizase sus servicios, dando con ello ocasión á las murmuraciones de los soldados y á que el buen concepto que se tenía al proscripto redundase en perjuicio del mismo Gobernador, que tan mal le quería. Al ver que á Tello de Guzmán y á Diego de Albítez se encomendaban empresas que nadie pudiera llevar á cabo mejor que Vasco Núñez, se resolvió Quevedo á hablar con Pedrarias, y, apurando toda su elocuencia en defensa de Vasco Núñez, logró al cabo reconciliarle con éste, concertándose en testimonio de ello los esponsales del Adelantado del mar del Sur con D.^a María de Bobadilla, hija mayor del Gobernador del Darien.

Encomendó éste á Vasco Núñez que fuese con 80 hombres á poblar una villa en el pueblo de Acla, y construyese bergantines en el mar del Sur, para navegar por él. Demostrando el Adelantado entonces su constancia, fundó la villa de Acla, en la que puso alcaldes y regidores, mandó hacer sementeras y dictó otras medidas tan acertadas como todas las suyas (1). Necesitaba para marchar al mar del Sur más gente, y para obtenerla se fué al Darien, dejando encargado del gobierno de la villa de Acla á su paisano Diego de Albítez. Pedrarias dió otros 200 soldados á Vasco Núñez, que partió inmediatamente para Aclá, donde se encontró con la amarga decepción de que su ingrato paisano Albítez se había marchado á la isla Española á pedir licencia al Almirante para poblar á Nombre de Dios y pasar al mar del Sur. Vasco Núñez sintió en el alma aquel agravio que le hacía Albítez, movido de la presunción de llevar á cabo una empresa que estaba encomendada á él, y que

(1) «Porque era único en qualquier prevencion de Guerra i de Gobierno, i él era el primero en dar exemplo, porque era Hombre de muchas fuerças, i tendria entónçes quarenta Años, i siempre en todos los trabajos llevaba la delantera, como imitador de los antiguos Capitanes Romanos.» Herrera, Década segunda, lib. II, cap. XI.

nadie con mejor derecho que él podía consumarla, por lo mismo que era el descubridor del mar del Sur.

Mandó cortar madera para hacer dos navíos en el río de las Balsas, que desagua en el mar del Sur, y ordenó á Francisco Compañón, sobrino de Diego de Albítez, que fuese á reconocer el paso para el río de las Balsas, y buscar sitio apropósito para hacer una casa en lo alto de las sierras, con el fin de que sirviera de descanso á los conductores de la madera. Cortada la bastante para cuatro bergantines, comenzó la conducción á la casa, sufriendo indecibles trabajos á través de las sierras, y pereciendo muchos indios en aquel trance. Otro que no fuera Vasco Núñez hubiera retrocedido ante la enorme tarea de cruzar por la asperísima cordillera con todo aquel cargamento; pero su constancia de ánimo vencía todos los obstáculos sin desmayar.

Era ya entrado el año 1517 cuando toda la madera cortada se hallaba en el río de las Balsas, y dispuso Vasco Núñez la construcción de los navíos; pero entonces la Providencia puso á prueba el temple de alma de aquel héroe. La madera, que había sido cortada en terreno próximo al mar, se llenó toda de gusanos, que la corroyeron hasta el punto de hacer inútiles todos los trabajos pasados; pero Vasco Núñez puso pronto remedio á este percance, disponiendo que se cortase otra nueva en las cercanías del río de las Balsas. Cuando esta dificultad estaba vencida, y ponían en astillero el maderamen para construir los bergantines, el río salió de madre, y las avenidas se llevaron arrebatadamente la mayor parte del material (1). Vasco Núñez contemplaba disgustado tantos desastres; pero carecía de provisiones y materiales de hierro para los navíos, y en vista de ello envió á Bartolomé Hurtado al Darien, y él se

(1) «Y este caso fué vna de las pruebas de la maravillosa constancia de la Nacion Castellana, i de su sufrimiento en los trabajos de espíritu i de cuerpo.» Herrera, lug. cit., lib. II, cap. XIII.

volvió á Acla mientras Francisco Compañón hacía excursiones para acopiar comida.

Volvió del Darien el capitán Hurtado con 60 soldados y los materiales de hierro que le dió Pedrarias, y en vista de esto marcharon otra vez al río de las Balsas, donde también acudió Compañón con abundantes provisiones. Después de bastantes trabajos consiguieron construir dos navíos, en los cuales se embarcó Vasco Núñez, y navegó hasta la isla de las Perlas, á cuyos naturales domeñó: y de aquí volvió sobre Tierra-firme, hacia el puerto de las Piñas; pero obligado por el viento contrario, desembarcó en la comarca del cacique Chichamá, á cuyos súbditos tuvo que derrotar y poner en desordenada fuga para abrirse paso. Después de esto volvió á la isla, y dispuso construir otros dos navíos; pero necesitando hierro, pez y otros materiales, acordó enviar por ellos á Acla ó al Darien.

Una noche que estaban reunidos en una casa algunos de los principales expedicionarios, y entre ellos Valderrábano y el clérigo Rodrigo Pérez, les dijo Vasco Núñez que, según noticias, había sido nombrado gobernador del Darien Lope de Sosa, vecino de Córdoba, y de ser esto cierto, quizás le retirasen los poderes para gobernar en aquellas regiones, puesto que lo hacían por orden de Pedrarias. En vista de ello, era Vasco Núñez de opinión que fuese el capitán Francisco de Garabito á Acla á recoger el material de hierro y pez para los navíos, y si allí se enteraba de que Lope de Sosa estaba ya en el Darien, que se volviese, para hacer los navíos cuanto antes y emprender el dominar aquellas tierras, á fin de que el nuevo gobernador, en vista de haber prestado este servicio, no les relevase del gobierno de la mar del Sur. Todos aprobaron esta resolución, y llamaron á Garabito para ponerla en su conocimiento.

Cuenta el cronista Herrera que Garabito tenía secreto odio á Vasco Núñez, porque éste en una ocasión le insultó

con motivo de haber osado ofender á la india hija del cacique Careta, que Vasco Núñez tenía por manceba; y que, con motivo de esto, Garabito había escrito una carta á Pedrarias manifestándole que Vasco Núñez iba hacia el mar del Sur en actitud sediciosa, y dispuesto á no obedecer más al Gobernador del Darien. También cuenta que cuando Vasco Núñez trataba con Valderrábano y otros del viaje de Garabito, un soldado que hacía centinela se metió en la casa á causa de la lluvia que empezaba á caer, y desde una habitación contigua oyó parte de la conferencia; pero tan mal se enteró de ella, que creyó que trataban de alzarse contra Pedrarias, y así lo dijo á éste cuando fué al Darien con Garabito.

Ello es lo cierto que Garabito fué á Acla con 40 soldados, y enterado allí de que aún era gobernador Pedrarias, se fué al Darien y entregó á éste la carta en que Vasco Núñez le pedía los materiales que hacían falta para los navíos. Entonces Garabito debió envenenar el ánimo del viejo Gobernador contra Vasco Núñez, ahondando las sospechas que tenía contra éste; y vino á llenar la copa el tesorero Alonso de la Puente, que era también enemigo del Adelantado, refiriendo á Pedrarias lo que contaba el soldado que hacía centinela la noche que conferenció Vasco Núñez con Valderrábano. Lo cierto es que Pedrarias concibió entonces la idea de acabar para siempre con Vasco Núñez, y que nadie trató de avisar á éste del peligro que corría.

Una anécdota refiere Herrera en este punto, como las muchas que suelen ir unidas á la vida de todos los héroes que tuvieron fin desastroso. Cuenta que en una ocasión le dijo á Vasco Núñez un astrólogo italiano llamado Miccer Codro, estando en el Darien, que cuando viese cierta estrella en el cielo, en un sitio dado que le indicó, se vería en grave peligro su persona; y que si lograba escapar con buen éxito en aquel trance, sería el más famoso de los con-

quistadores del Nuevo Mundo. Vasco Núñez se mofó de la profecía, mas no la echo en olvido; y cuando esperaba en el mar del Sur la vuelta de Garabito del Darien, vió la estrella, cuya posición coincidía con las señas que el agorero le había dado, y refirió á los que estaban con él la profecía, burlándose de paso de Micer Codro y de cuantos diesen crédito á adivinos. Sea el hecho verdad ó cuento, y sin tomar en serio supersticiones ni patrañas de agoreros, lo cierto es que la estrella de Vasco Núñez iba á apagarse muy pronto.

En la isla de las Tortugas se hallaba cuando recibió una carta de Pedrarias en que éste le llamaba con urgencia á Acla, para conferenciar con él graves asuntos relativos á la expedición del mar del Sur. Dejó encomendada la construcción de los navíos á Francisco Compañón, y fué inmediatamente á ponerse á las órdenes de Pedrarias, muy ajeno de que contra él se tramase nada. Cuando estaba cerca de Acla, le dijo el mensajero que había llevado la carta, que Pedrarias estaba muy indignado de él; pero tan tranquila estaba su conciencia, que no sólo no vaciló en seguir su camino, sino que confió en su propia inocencia para creer que apenas hablase con el Gobernador demostraría que no había razón ni motivo alguno para dudar de su lealtad. Á la entrada de Acla se encontró á Francisco Pizarro con algunos soldados, que salieron á prenderle de orden de Pedrarias, y le llevaron á la casa de un vecino llamado Castañeda.

Esto debía ocurrir ya en el año 1518; pues aunque Herrera pone la ejecución de Vasco Núñez en 1517, no tuvo lugar hasta el mes de Enero de 1519, según acredita la orden de ejecución dada por Pedrarias (1).

(1) Este documento se halla en el tom. XXXVII de la Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento y conquista de América, formada por D. Luis Torres de Mendoza. Está fechado en Acla á 12 de

Mandó éste al alcalde Espinosa que procesase á Vasco Núñez y le condenase con todo rigor; pero Espinosa resistió cuanto pudo imponerle pena de muerte, que era lo que deseaba Pedrarias. Casi todo el año 1518 debió durar la prisión de Vasco Núñez, á causa de las dilaciones con que Espinosa iba entreteniéndola, pues decía que aunque mereciera muerte por la pérdida de Diego de Nicuesa, esta pena debía necesariamente remitírsele por los señalados servicios que había prestado; y buena prueba de ello era la merced que el Rey le había hecho al nombrarle Adelantado de la mar del Sur, á pesar de los cargos que contra él se hicieran en la Corte. Pedrarias no se regaba un punto hasta ver rodar la cabeza de su víctima; y así, cuando Espinosa le alegó lo antedicho, respondió con mucha cólera: *Pues si pecó, muera por ello*. Fáltóle, para estar en carácter, haber dicho con los judíos: *Sanguis ejus super nos et super filios nostros*.

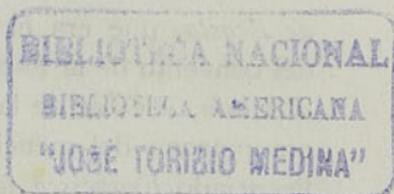
Por último, Espinosa contestó categóricamente que no condenaba á muerte á Vasco Núñez mientras Pedrarias no se lo mandase por escrito. Éste no vaciló en entregarle el mandamiento solicitado, y entonces Espinosa, acumulando sobre el desdichado preso la muerte de Nicuesa y la destitución de Enciso, y añadiendo la acusación de ocultaciones de oro y de desobediencia contra la autoridad del Rey, le condenó á ser decapitado en público. Cuando llegó la hora infausta, apenas le dieron tiempo para recibir los sacramentos y ordenar sus cosas; lleváronle á la plaza pública, y delante de él iba el pregonero diciendo: «Esta es la Justicia que manda hacer el Rey nuestro señor, y Pedrarias su lugarteniente en su nombre, á este hombre, por

Enero de 1519.—D. Luis Vidart, computando esta fecha, hace notar que es exacta, pues en el mismo mandamiento se dice que Pedrarias fué al Darien *cuatro años y medio* antes, y ese tiempo es efectivamente el que media desde el 29 de Junio de 1514 en que desembarcó.

traidor y usurpador de las tierras sujetas á la Real Corona.» Vasco Núñez protestó contra la calumnia de llamarle traidor, y fué decapitado. Tras él lo fueron por la misma causa sus amigos Valderrábano, Botello, Hernán Muñoz y Argüello. Cuando ejecutaron á este último era ya casi de noche, por lo que muchos pidieron á Pedrarias que le perdonase; pero el malvado viejo no se había saciado aún de sangre, y se negó á acceder á las súplicas.

Tal fué el fin que tuvo el descubridor del mar Pacífico. «Esta pérdida fué muy sentida por ser Vasco Núñez Capitán prudente, animoso i liberal, i que eternamente será estimado por vno de los Capitanes más memorables de las Indias. Era Hijodalgo, Natural de Xerez de Badajoz; i que aunque en su mocedad havia traído vida libre, con la edad i las ocasiones de grandes cosas fué excelente Varon, cuja desdicha consistió en la muerte del Rei Católico i del Cardenal Fr. Francisco Ximenez, que havian conocido su valor i lo estimaban i lo llevaran adelante» (1).

(1) Herrera, lug. cit., cap. XXII.



CAPÍTULO II

Personal del siglo XVI.

§ I.—Principales Familias jerezanas.

PROPÓNGOME en este artículo dar á conocer el personal más distinguido de la población jerezana durante el siglo XVI; y la necesidad de dar algún orden á las noticias aquí acumuladas, me ha obligado á colocarlas por orden alfabético de apellidos.

ACOSTA.—Es una de las familias más antiguas; pero pronto deja de figurar, por haberse fusionado con otras.

Los acuerdos concejiles de 1554 nombran á *Gutierre de Acosta*, que era el padre de las monjas fundadoras del convento de la Esperanza. Los de 1571 citan á *Blas d'Acosta*, Alcalde de la Hermandad, Hijodalgo. En 1594 era patrono del mencionado convento el presbítero y licenciado *Francisco de Acosta*.

AHEDO.—En 1566 era vecino de Jerez un *Gaspar Berriz Ahedo*, que litigaba con el Concejo, según una Real carta de la fecha citada. Sin duda á este apellido debió su nombre la calle de *Ahedo*.

ALBA.—Según un árbol genealógico de esta familia, que

posee la Sra. D.^a Pilar Lasarte, en tiempo de D. Enrique IV era alcaide del castillo de Jerez *Luis González de Alba*, á quien dicho monarca otorgó carta de nobleza.

Sus hijos fueron: Primero. *Pedro Alvarez de Alba*, que murió sin sucesión. Segundo. *Rodrigo Álvarez de Alba*, que tuvo un hijo. Tercero. *Diego Hernández de Alba*, que tuvo otro.

El hijo de Rodrigo fué *Luis de Alba* el Viejo, que casó con María Álvarez, y hubo en ella: á *Blas de la Vega Alba*, que casó con Isabel Maraver; y á *Francisco de Alba*, que casó con Mayor Vázquez, y era Regidor perpetuo de Jerez en 1512.

El otro hijo, Diego, hubo á su vez á *Bartolomé de Alba*, que casó con Francisca García de Gata; de quienes nació *Bartolomé de Alba*, que casó con Isabel Álvarez.

ALBARADO.—D.^a María Albarado, madre de la monja del mismo nombre, fundadora del convento de la Luz.

ALBÍTEZ.—De este apellido sólo conozco á *Diego de Albítez*, intrépido soldado, cuya biografía se consigna en este capítulo.

ALONSO.—Los acuerdos de 1512 citan á *Alvaro Alonso Moreno*.

ANTEQUERA. — Los acuerdos de 1512 citan á *Pedro Méndez de Antequera*; los de 1574, á *Francisco V.^s Antequera*.

ARELLANO.—D.^a *Angela de Arellano*, hija del segundo Conde del Castellar, casó en Jerez con D. Alonso Pacheco Portocarrero, según puede verse en el apellido Portocarrero.

ARJONA.—Según papeles de familia que posee en Fregenal D. Rodrigo Sánchez de Arjona, el avecindamiento de esta familia en Jerez data de los tiempos de D. Fernando IV; mas no ha podido confirmarse esta noticia. En el siglo XV tenían su casa solariega en la calle del *Ecce-Homo*; y sin duda alguna son los mismos que en los siglos XVI y XVII estaban avecindados en Fregenal y Burguillos.

Los acuerdos de 1512 citan á *Ruy Sánchez de Arjona*, á *Fernando Sánchez de Arjona*, y á *Juan Díaz de Arjona*; los de 1554, á *Melchor de Arjona*; los de 1574, á *Juan de Liaño Arjona* y á *Francisco Melena Arjona*.

BAZÁN.—Es una de las familias ilustres y más antiguas de Jerez, aunque no pueda acreditarse que se avecindara á raíz de la reconquista, como dicen Fernández Pérez y Núñez Barrero.

En el siglo XV era señor de la dehesa de la Granja D. Juan de Bazán, militar distinguido, que murió en la guerra de los moros de Granada (1).

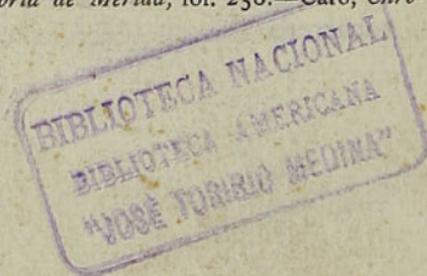
En los acuerdos de 1512 figura como regidor *García de Bazán el Viejo*; y en los de 1569, D. Fernando de Bazán y D. Juan de Bazán.

También son de esta familia las tres hermanas *doña Leonor*, D.^a *Isabel* y D.^a *María Bazán*, monjas del convento de la Madre de Dios, que en 1561 fundaron el de la Trinidad.

BECERRA.—Los acuerdos de 1512 citan á *García de Bezerra*.

BELLARINO.—Los acuerdos de 1569 citan á L.^o R.^s *Be-*

(1) Moreno de Vargas, *Historia de Mérida*, fol. 258.—Caro, *Chronica*, c. 40, § 2.



Biblioteca Nacional

